EL CIEGO DE LA ENCINA

DRAMA

EN CINCO ACTOS

TRADUCIDO DEL ITALIANO

Por

D. Jose Pi y Monteis.



BARCELONA :
Imprenta de Saurí y Comp., c. de Escudellers
Enero 1832.

ACTORES.

El conde D. Indalecio.
D. Cárlos, su hijo.
Doña Leonor, su esposa.
Enrique, hijo de entrambos.
Paco .... } criados del conde.
Luis........ }
Doña Teodora, amiga del conde.
Doña Amalia.
Doña Paula.
Doña Estefanía.
D. Pablo.
D. Manuel.
D. Antonio.
Un Juez
Un Escribano.
Fromerio, fingido ciego.
Julian, labrador.
Juana, su nuera.
Fastidio, asesino.
Otro asesino.
Un criado del conde.
Aldeanos.
Dependientes del tribunal.
Criados del conde.

La escena pasa en Vitoria y en Yurre, pueblo cercano á Vitoria.

EL CIEGO DE LA ENCINA.

ACTO PRIMERO.

Casa pobre.

ESCENA PRIMERA.

Es de noche: Doña Leonor que sale de su cuarto con una luz en la mano.

Leo. Por fin conseguí que se durmiera: á lo ménos en el dulce sueño no resentirá tanto las necesidades de la vida. ¡ Hijo infeliz ! ¡ Cuánto mejor te fuera no haber nacido ! Tus desventurados padres no te pueden subministrar lo que necesitas para cubrirte en este tiempo de frio, ni para saciar tu hambre. ¡ Válgame Dios ! ¡ Qué porvenir tan doloroso se presenta á este inocente niño ! ¡ Y mi pobre esposo, que nació en medio de las comodidades ! Nada temo para mí, que estoy acostumbrada á las desgracias desde que existe en el mundo; por cuyo motivo no padezco tanto como él; pero....

ESCENA II.

Enrique desde dentro y dicha.

Enr. Madre, madre.
Leo. (Ha despertado ya) ¿ Qué quieres, hijo ?

Enr. Que me deje vd. venir acá.

Leo. Ven, hijo querido; ven.

Enr. Hice lo posible para dormirme, (*Sale*) pero no pude.

Leo. Sin embargo, cuando te dejé, me pareció que te entregabas al sueño....

Enr. Es verdad, me iba durmiendo; pero empecé á pensar, y se alejó de mis ojos el sueño.

Leo. ¿Y en qué pensabas?

Enr. En vd. y en mi padre.

Leo. ¿Por qué causa?

Enr. No sé.

Leo. Sin embargo....

Enr. Tengo mil motivos, y cada cual mas fuerte, viéndoles á ustedes tan afligidos!... En otro tiempo no era así: la alegría brillaba en los rostros de ustedes; y yo me regocijaba interiormente.

Leo. ¡Cuán digno eres de nuestro cariño! ¡hijo desventurado!....

Enr. ¡Desventurado! ¿por qué? ¿No me quieren ustedes ¿pues qué me falta para ser dichoso?

Leo. Tus padres, considerando su estado y el tuyo, y calculando las prendas con que te ha dotado la naturaleza, y las persecuciones que la suerte te hace sufrir, son absolutamente desgraciados.

Enr. Yo estoy contento de mi estado: y no lo cambiaria con el de el hijo de un rey, á ménos que fuese para poder servir de alguna utilidad à mis padres!....

Leo. Unas espresiones como estas, son de una edad mas avanzada que la tuya.

Enr. Si vd. y mi padre se complacen de ellas, celebro infinito el haberlas proferido.

Leo. Dame un abrazo, hijo mio!

Enr. Con toda el alma, querida madre... ¿En dónde está papá?

Leo. Ha salido por algunos negocios, siendo el principal de ellos, el buscar de comer para el dia de hoy.

Enr. Es verdad, que todavía estamos en ayunas.... No hemos comido....

Leo. Y si la providencia no nos asiste, tampoco cenarémos....

Enr. Lo siento por ustedes.

Leo. Y yo por tí, hijo amado, que estás pereciendo.

Enr. Parece que llaman....

Leo. Será sin duda mi pobre Cárlos....

Enr. ¡Padre! Voy, voy á abrir. (*Vase.*)

Leo. ¡Dios mio! ¡Cuántas gracias debo darte por el precioso regalo, que con mi hijo me has hecho!

ESCENA III.

Dicha, Cárlos y Enrique.

Enr. Aquí está, aquí está: madre...

Car. ¡Querido hijo!.. (*Con la mayor afliccion.*)

Leo. Bien venido, Cárlos mio.

Car. Amable Leonor, hoy todos somos desgraciados. (*Abrazándoles.*)

Enr. ¿Qué quiere vd. decir con eso?

Leo. Esplícate, por Dios....

Car. Va ya á anochecer, y todavía... ¡Válgame Dios!

Leo. Acaba....

Car. Hé acudido á mis amigos, á mis parientes, á mi propio padre....

Leo. Ya te entiendo....
Car. Todo fué en vano ¡ Oh ! Monstruos !.. ¡ Infeliz Enrique , ó la mas desventurada de todas las mugeres ! ¡ Oh padre infeliz y desventurado !....
Enr. ¿ Por qué se aflige vd. tanto ?
Car. Porque no he tenido valor de pedir un pedazo de pan de limosna, el corazon se ha resistido á ello.
Leo. ¡ Válgame Dios !....
Enr. ¿ Qué dice vd. ?....
Car. ¡ Qué padre tan inhumano ! ¡ Qué corazon tan empedernido ! ¡ A qué me reduce, á qué me fuerza su horrenda maldicion ! Si, sábelo hijo mio : hasta hoy, ó vendiendo ó empeñando, hé podido alimentarte ; pero ya no hay nada en casa, nada absolutamente, ni un solo pedazo de pan para desayunarte.
Enr. Por ahora no tengo hambre. Deme vd. su santa bendicion, y me voy á la cama contento. Mañana yo mismo iré á pedir por ustedes. Nadie me conoce ¿ y quién se negára á dar limosna á un hijo que pide por sus padres....
Leo. ¡ Buen Dios ! ¡ Qué hijo nos has dado !
Car. La desesperacion se apodera de mi alma, mañana con toda determinacion... ¡No : hoy mismo ! Esta misma noche me presentaré de nuevo.... le conjuraré por cuanto tenga de mas precioso en el mundo , por la memoria de mi difunta madre y esposa suya , por cuanto hay de mas sagrado en el cielo, por tí, por mí , por sus entrañas paternales , por esa infame seductora que le deshonra : si no cede , si no se conmueve ; que tiemble : mi resolucion está tomada , y será ir-

revocable. (*En accion de irse.*)

Leo. Detente.

Enr. ¡ Padre mio !

Car. Dejadme.

Leo. No es posible.

Car. ¡ Quién podrá detenerme !....

Enr. ¿ Por Dios ?·...

Car. No oygo nada....

Leo. ¿ Y quieres ?....

Car. Seguir el impulso de mi desesperacion...

Leo. ¡ Ay de mí !.... (*Cae desmayada.*)

Enr. Pobre madre ! (*Corriendo hácia ella.*)

Car. ¡ Que veo ! hay mas tormentos para mí !... (*Llaman.*)
Han llamado.... Enrique, anda á ver quien es. No, deja... no es prudencia, iré yo... Socorre á tu madre: luego vuelvo. ¿ Y si fuese ? ¡ Válgame Dios ! ¡ Qué angustia ! ¡ Qué existencia tan triste es la mia ! (*Vase.*)

Enr. Madre!... Madre mia.... ¡ Ay de mi ! no me oye, tal vez un poco de agua le será útil. (*Toma un vaso de agua, que está encima de la mesa.*) ¡ Pobre madre ! ¡ Buen Dios, vuélvele los sentidos, ó yo muero !

ESCENA IV.

Paco, un hombre con una cesta, Cárlos y dichos.

Car. Criado leal de un padre desnaturalizado, mira vé este triste cuadro, y considera mi situacion.

Paco. ¿ Qué ha sido pues ?

Car. Qué el temor, el hambre y la afliccion la oprimieron los sentidos.

Paco. ¡Desventurada! Pero no perdamos tiempo: oyga vd., y aprovechese de mis consejos:

Así que usted salió de la casa de su señor padre, él le hizo seguir inmediatamente, para descubrir la casa donde usted habita. Habiéndola averiguado, determinó, para hacerle á usted mas infeliz que nunca, separarle á la fuerza de su esposa y de su hijo, que él llama objetos de su deshonor y de el de usted. En las tinieblas y silencio de la noche; debe verificarse este golpe: yo les he querido preceder, para frustrar sus crueles intenciones. Tomen ustedes estos cinco duros, fruto de mis sudores. Tome usted esta cesta que está llena de alimentos: cobre fuerzas, y luego guiados de ese buen hombre; marchen ustedes, lo mas pronto que les se posible; para la aldea de Yurre, donde pedirá en mi nombre hospitalidad á Julian Sorronza, quien no se la negará á ustedes.

Car. ¡Oh criado fiel! ¡O ejemplo de lealtad!

Enr. Ya vuelve en sí mi madre.

Car. ¡Querida esposa!

Leo. Cárlos, ¿eres tú?

Enr. Si él es, querida madre.

Leo. ¡O qué placer! ese hombre....

Car. Es un amigo nuestro. Todo lo sabrás ¡mira, mira! aquí hay para comer todos los tres; ahí tienes cinco duros, que ese buen hombre nos regala.

Leo. ¡Oh alma sensible!

Enr. Dios se lo pague.

Paco. Procure usted (*A Enr.*) que sus señores padres sigan mi consejo, insteles á que lo pongan en ejecucion á toda prisa, y el

Cielo me habrá recompensado bastante.

Leo. ¿ Qué consejo es este ?

Car. Todo lo sabrás.

Paco. Me voy pues, con deseos de servirlos en cuanto me sea dable. El permanecer aquí mas tiempo, podria ocasionar á ustedes mucho daño, y perderme á mí.

Car. Adios pues, hombre compasivo.

Leo. Mire usted mi estado, y disimule si no podemos darle mas recompensa que la de nuestras gracias, y mil y mil bendiciones.

Paco. ¡ Muger virtuosa y digna de mejor suerte ! Oh ! por Dios, señor D. Cárlos, despache usted.

Car. Vamos querida esposa, vamos á comer algo, porqué luego tenemos que salir de aquí.

Leo. ¿ Por qué ?

Car. Todo lo sabrás. Paco, no olvide usted mi familia.

Paco. Todo mi corazon está interesado en ella.

Enr. Adios, buen hombre.

Paco. Dios guarde á usted, señorito. *Vase.*

Leo. Piadoso Cielo, te doy mil y mil gracias, y cada dia me confirmo mas en que la divina providencia jamas falta à quien confia en ella. (*Vanse al otro cuarto, juntos con el hombre que les dejó Paco.*)

Fin del acto primero.

ACTO II.

Sala magnífica, en la que habrá algunas luces por ser de noche, mesas de jugar, sillas etc.

ESCENA PRIMERA.

Luis y otros criados que arreglan la sala.

Luis. Silvestre, Ramon, Antonio, procurad distribuirlo bien todo.

En esta sala debe reinar la magnificencia en honor de la señora doña Teodora, que es la querida de nuestro Sr. conde (injusto padre del Sr. D. Carlos, su único hijo) ¡ pobre jóven! Es él tan infeliz como altanera esa muger; pero callemos, nuestra obligacion es servir á quien nos paga, dejemos á los indiscretos y habladores de profesion el cuidado de analizar la conducta de sus amos: cumpla cada cual con su deber y no nos metamos en camisa de once varas.

ESCENA II.

Dichos y Paco.

Paco. Luis, haz que esos criados se retiren por un instante.

Luis. ¿ Por qué ?

Paco. Porqué el condesito D. Cárlos está en la antesala.

Luis. ¿ Será posible ?

Paco. Despues de haberle dado cuenta de lo

que sucede en esta casa, y de las injustas disposiciones de su padre, le dejé en su infeliz habitacion; pero al cabo de media hora se me ha presentado aquí, diciéndome: Paco, si verdaderamente eres amigo y protector mio, haz que pueda hablar por un instante con mi padre, que le haga conocer mi estado y su sinrazon, pues me siento con ánimo de triunfar de su cólera.

Luis. ¿Y su esposa é hijo?

Paco. Me dijo que ya estaban en salvo.

Luis. Ménos mal.

Paco. No perdamos tiempo; haz que estos criados concluyan pronto, y vete con ellos.

Luis. Allá voy; amigos despachemos, que la hora de la tertulia se aproxima y saben ustedes que todavía nos queda que hacer el refresco y la comida.

Un cria, Pronto acabamos.

Luis. ¿No lo ves?

Paco. Luis, si quieres bien al pobre D. Cárlos, el cual un dia ú otro será nuestro amo, debes hacer todo lo posible en su favor.

Luis. A todo estoy pronto, cuando se trata de serle útil.

Paco. Si hubieses visto su casa; ¡qué miseria! pero! qué hijo tiene tan hermoso! dejemos eso: el tiempo es precioso y conviene aprovecharle.

Lais. Me voy, pero estaré alerta para cuanto te convenga: vamos amigos, vamos á preparar lo que falta.

Paco. Venga usted, que ya no hay nadie en la sala. (*Dirigiéndose á la puerta principal.*)

ESCENA III.

Cárlos y dicho.

Car. ¡Mi buen amigo! ¿sabe usted si mi padre está en casa?

Paco. No señor, no está.

Car. Sin embargo, tiemblo.

Paco. Si he de decir la verdad, tambien tiemblo yo.

Car. ¿Pero qué hemos de temer? ¿acáso cometemos algun delito?

Paco. No gracias á Dios; pero el ódio de su señor padre.... es tal....

Car. Tiene usted razon; pero ¿por eso me abandonaria usted?

Paco. No por cierto ¿yo abandonar á vd.? primero perderia la vida.

Car. ¡Ay amigo mio! Si el cielo se me serena algun dia, yo me acordaré de su virtud.

Paco. Gracias, señor condesito; yo hago el bien, no por esperanza de recompensa, sino por obligacion y buen afecto.

Car. Estos sentimientos deberian ser comunes á todos los hombres; pero son desconocidos de la mayor parte de ellos.

Paco. ¡O verdad sin réplica! Peró si no me engaño, gente sube la escalera. (*Va á mirarlo.*)

Car. ¿Quién será?

Paco. Su padre de usted.

Car. ¡Pobre de mi!

Paco. Retírese usted en aquel aposento. No conviene que se le presente así tan de pronto. El prímer ímpetu de una alma irritada es

siempre funesto, y debe evitarse.

Car. ¡ Oh que situacion tan terrible ! (*Se mete en uno de los cuartos que estarán á la izquierda.*)

Paco. Si por cierto, terrible es en efecto, jóven desgraciado; peró yo sabré mitigar su amargura, aunque sea á costa de mi propia sangre.

ESCENA IV.

El conde, criados con antorchas y dichos.

Con. ¿ Que hace usted aqui, Paco? Pero viene vd. ä propósito. Váyanse ustedes.

Paco. Mande V. S., señor conde.

Con. Hoy necesito de toda su actividad y zelo.

Paco. Estoy pronto á derramar mi propria sangre.

Con. Sin adularle, mucho, me prometo de vd.; peró si me sirve quedará recompensado.

Paco. (Sé lo que quiere, peró ya le tengo la respuesta prevenida.)

Con. Usted sabe tan bien como yo, las desgracias de mi hijo.

Paco. Harto conocidas me son, y le compadezco infinito.

Con. Quiero remediarlas y necesito que usted coopere á ello.

Paco. Hable pues V. S. con toda libertad y franqueza.

Con. Esta noche, á una hora que parezca razonable, trate usted de introducirse en su habitacion, que está á lo último de la calle de la pintorería, núm.º 76, cuarto bajo. Allí arránquele la muger y el hijo, y si

lo ejecuta, cuente con una buena recompensa.

Paco. Si fuera lícito en esto servir á V. S., como en las demas cosas de casa, el solo gusto de obedecerle habria sido mi mayor recompensa; pero....

Con. ¿Se atreveria usted á pedirme cuenta de lo que yo hago y mando?

Paco. No señor; peró si V. S. me lo permitiese, le haria algunas reflexiones, que le hiciesen mudar de intento.

Con. Es imposible; sin embargo hable usted.

Paco. ¿Con toda libertad?

Con. Sin reserva alguna.

Paco. Pues óygame V. S. Arrancando de los brazos de su señor hijos los tiernos objetos de su amor, se acarreará á V. S. el aborrecimiento de los buenos y el odio general. El hijo mismo, herido en la parte mas sensible de su corazon, detestará al autor de sus dias, y llegará á mirarle como á causa de todos sus males. Se volverá una fiera, perderá el uso de razon, y hará rezonar todas las calles de la ciudad con sus gritos desesperados, moviendo á compasion á todo el mundo. Los padres de familia, los tiernos esposos, tomarán parte en su infeliz estado: entónces el Gobierno, el mismo Rey, sin miramiento alguno por la clase de V. S. harán obrar las leyes, y V. S. quedará avergonzado y corrido. Perdone V. S. mi libertad, peró ella nace de un alma sensible, y la pronuncia un corazon sincero.

Con. ¡Temerario! Dé usted gracias á la suerte, de que yo mismo mire sus palabras como fruto de la debilidad: de lo contrario temblaria

usted à vista del castigo que podria imponerle. No quiero darle la satisfaccion de echarle de mi servidumbre, pues quiero que el solo desprecio sea su paga. Guárdese en adelante de hacerse mediador de mi hijo, de oponerse á mis resoluciones, ni darme consejos. Entretanto mire usted qué efecto han producido en mí sus palabras, y aprenda á conocer la firmeza de mi carácter. Ola!

ESCENA V.

Otros dos criados, Luis y dichos.

Con. Anda, corre y pon en ejecucion mis órdenes. Escoge entre mis criados gente diligente y activa. Esta es la seña y número de la casa donde vive mi aleve hijo. Con astucia, con engaño, ó á la fuerza, introdúcete en su cuarto, arráncale del seno esa muger é hijo que le deshonran, tráetelos con cautela y silencio hasta aqui: procura que ninguno de los vecinos entienda el objeto de tu venida. Ahoga sus gritos. Si desempeñas perfectamente esta comision, cuenta con la mas generosa recompensa. Que todos los individuos de mi casa callen cuanto vean y oygan, ó teman por su vida. (*Vanse todos ménos Paco.*) Paco, que este ejemplo te ilumine, é instruya á los que tienen la manía de seguir tus máximas pedantescas. (*Vase.*)

Paco. ¡Que hombre tan inflexible! le compadezco. ¡Cuánto horror me causan sus ideas perniciosas y detestables!

ESCENA VI.

Cárlos y dichos.

Car. ¿ Se ha ido ya ? ¡ Qué hombre tan desnaturalizado !.... (*Desde la puerta.*)

Paco. ¿ Ha oido V. ?

Car. Todo lo he oido, ¡ válgame Dios !

Paco. ¿ Y qué piensa V. hacer ?

Car. No lo sé. La desesperacion se apodera de mí en este instante.

Paco. Haga V. que la razon no le abandone jamas.

Car. ¿ Cómo será dable ?

Paco. Todo se hace cuando se quiere. ¡ Infeliz de aquel hombre que no sabe vencer sus pasiones, y mandarse á sí propio.

Car. ¡ Ay amigo mio, cuánto le estimo â V. ! ¡ Cuánta veneracion me inspira !

Paco. Ahora es preciso ceder el campo y marcharse: aquì no está V. bien....

Car. Ya lo sé.

Paco. Un solo momento podria perdernos. Venga V. conmigo, yo le acompañaré hasta la puerta.

Car. Ya le sigo.

Paco. Luego el tiempo le sugerirá buenos consejos. (*En accion de irse.*) Aguarde V.: parece que sube gente por la escalera.

Car. Tambien me lo parece.

Paco. Segun el ruido que meten y su desmesurada alegría, saco por consecuencia que son los aduladores de su señor padre, que vienen á sonsacarle una cena. Vuelva V. á meterse allá.

Car. ¡Perverso destino! ¿cuándo te cansarás de perseguirme? (*Vase con uña luz.*)

Paco. Sí, ellos son. Antonio, Pedro. (*Sale el primer criado.*) Avisar al Sr. Conde que la Sra. doña Teodora sube ya; y diga V. á los demas criados que saquen luces para las mesas de juego. (*Vase el criado.*)

He aquí la chusma de los ociosos y holgazanes que vienen á festejar la miseria del hijo y la depravacion del padre. ¡Oh malvada gente, cuànto te detesto! Salgámosle al encuentro, y hagámosles los cumplimientos de estilo. (*Tomando una luz.*)

ESCENA VII.

Varios criados con luces, el conde y dichos; los criados colocan las luces sobre las mesas.

Con. Despachemos. (*Los criados despues de colocadas las luces se van.*) Vamos á recibir á esos caballeros, pero ya suben.

ESCENA VIII.

Dichos, Doña Teodora, Doña Paula, Doña Estefanía, D. Pablo D. Manuel, D. Antonio y Paco, que no hace mas que atravesar el teatro.

Teo. Buenas noches.

Con. Hermosa Teodora, beso á V. sus píes.

Doña Pau. Servidora de V.

Doña Estef. Me alegro de verle á V. bueno.

Con. Igualmente, Sra. Doña Estefanía: siéntense

ustedes, y diviértanse miéntras llega la hora de la cena.

D. Pab. Como V. guste.

Teo. Yo no juego.

Con. Me parece que V. no está hoy de muy buen humor. ¿Qué tiene V.?

Teo. No sé.... tengo un peso en la cabeza....

D. Man. ¿Peso en la cabeza? ¡Pobres de nosotros si le dá alguna de sus locuras, adios cena. (*A los amigos.*)

D. Pab. ¿Quién lo duda?

D. Ant. Yo no seguramente.

Con. Sentiria que....

D. Pab. Nada, nada, alegrémonos todos, á ver, señora.... El pulso no puede estar mas seguro, tic, tac, tic, tac, tic, tac: parece un reloj.

D. Pab. ¿Quién lo duda?

D. Ant. Yo no seguramente.

Doña. Pau. ¿Con que, podemos jugar?

Con. Sí, siéntense ustedes.

Doña. Ama. Juguemos pues.

D. Pab. Hagan ustedes un solo, ínterin sujiero á la señora los específicos necesarios para alejar, de sus hermosos miembros, esa lacsitud que la entorpece.

Con. Ha tenido V. alguna incomodidad? hable V. con franqueza: sabe V. que está entre amigos.

D. Pab. Y entre qué amigos! todos estamos prontos á dar por V. nuestra sangre y nuestra vida: si la señora nos faltase ¿qué seria de nosotros? (Pereceriamos de hambre.)

D. Man. ¿Quien lo duda?

D. Ant. Yo no seguramente.

Con. Hable V., señora.

Teo. Esta mañana.... Cuando me acuerdo de ello ; la cabeza me dá mil vaidos.... Me ha contado D. Manuel.... Válgame Dios....

Con. Y bien ¿ qué le ha dicho á V.? (*Con serenidad.*)

D. Man. ¿ Quién puede acordarse á la noche de lo que ha dicho por la mañana ?

Con. ¡ Votova ! Las imprudentes habladurías de V. la han trastornado repetidas veces : y yo....

D. Man. No se enfade V. por Dios, que esto podria causar algun daño á la señora Doña Teodora.

Teo. D. Manuel no me ha dicho sino la pura verdad. ¡ Cruel amigo! porqué admitió hoy V. en su casa á un hijo pérfido , que le deshonra á V., y habla de mi continuamente como si yo fuera una muger sin fama , ni reputacion ? ¿ Cómo ha podido V. admitirlo en casa sin castigarle ? No hace mucho que varios amigos me han asegurado , que su muger declama sin cesar contra mí , diciendo que yo soy su ruina , el deshonor de V. y la deshonra de toda la familia ; y sin miramiento alguno me atribuye delitos tan execrables , que no puedo ya salir á la calle sin ser señalada con el dedo por la gente baja , que me llama pérfida , seductora y muger infame. Díos mio ! Estos vituperios que tengo tan poco merecidos ; sino porqué le quiero á V. demasiado , me traspasan el alma ; y le aseguro á V. que hé llegado casi á envidiar el humilde estado en que me hallaba ántes. El honor es el primer tesoro de los hombres ; este debe ser preferido á cualquiera otro bien , y para volverlo á adquirir

V., tendrá á bien el permitirme que me separe para siempre de su trato ¡desdichada de mi! moriré desesperada y consumida; peró ménos infeliz de lo que ahora soy, si á costa de mi vida puedo restituir á V. su tranquilidad, á su hijo el propio padre, y á su indiscreta muger el dominio de todo cuanto V. posee.

Con. ¡Pérfida muger! ¿A esto se ha atrevido? Los caudales que yo poseo son mios y de nadie mas. Los hé poseido por medio de una larga y penosa navegacion, y puedo de todos ellos disponer á mi arbitrio.

Dentro de poco verá V. humillada á sus pies á esa muger, que nunca hé querido reconocer por nuera mia, y á su presencia, para quitarla toda esperanza de ser mi heredera, y de mejorar su estado; le daré á V. la mano de esposo y adoptaré á su hijo.

Teo. (Este es el golpe que quiero dar.)

Doña Pau. Viva el Sr. conde, V. es un César, un Alejandro Magno.

D. Man. ¿Y quién lo duda?

D. Ant. Yo no seguramente.

Teo. ¿Ella vendrá aquí? No me siento con valor para verla maltratar. Vale mas que la aleje de aqui en un momento de olvido, dándole algun dinero, que yo se lo agradeceré á V. infinito.

D. Pab. ¡Que corazon tan noble! Que sensibilidad! ¡Viva la heroína del siglo!

Teo. ¿Y diga V. conde, cómo se halla el infeliz hijo de V.?

Con. No sé.

Teo. ¿Cómo piensa V. disponer de él, luego que lo haya arráncado de los brazos de su seductora?

Con. Para acallar toda maledicencia, pienso ponérmelo en casa

Teo. ¡ Ay de mi ! ¡ qué punzadas ! pronto, pronto un vaso de a ..... a

Con. Pronto un vaso de agua, que se desmaya, asistidla. (*las mugeres se levantan*

Este. ¡ Qué sucede !

D. Pab. ¡ Qué es esto !

Ama. ¡ Pobrecita !

D. Pab. (Ahora si que podémos decir á la cena, *volaverunt*)

D. Man. (Como ella se desmaya por moda, creo, que me sucederá lo mismo por hambre.)

Con. Animo, si V. no quiere que aquella mala cabeza esté conmigo, no estará. Doña. Teodora tiene mil razones, (*à los demas*) ¡ recibe tan malos tratos. !

D. Man. Tiene mil razones, pobrecíta, pronto desátenla ustedes, para que respire con mas libertad.

Con. Un médico, pronto, un médico.

ESCENA. IX

Paco y dichos.

Paco. La cena está pronta, Sr. Conde; cuando gusten, pueden irse á sentar á la mesa.

D. Pab. ¡ Santa palabra ! este es el único, el verdadero, el eficacísimo remedio para esta dama.. (*Aquí Doña Teodora se finge recobrada.*) cuántos médicos hubo, hay, y habrá, no conocieron mejor remedio para la debilidad como una buena comida. ¿ Bendito sea el Sr. doctor Brun, que desterrando los caldos flacos, tisanas, y gran dieta, receta

pollos, pichones y vino generoso! Este sí que fué todo un hombre, un médico escelente, ¡Bendito sea!

D. Ant. Dice muy bien.

D. Man. Seguramente.

Estef. Dice muy bien el Sr. D. Antonio, grande especulador.

D. Ant. Gracias á Dios que una vez he tenido razon.

Ama. La comida puede serle muy útil.

Pau. No hay duda.

Con. Qué le parece á V. eso?

Teo. No quiero oponerme al voto general.

D. Pab. Que viva V. mil y mil veces.

Con. Vamos pues.

Todos. Que viva, que viva.

Vanse todos por la derecha, precedidos de los criados que se llevan todas las luces, quedando obscura la escena.

ESCENA. X.

Cárlos con un estuche de joyas un envoltorio de dinero y una luz, que matará inmediatamente.

Car. Ellos se van á divertir ya: ¡cruel y bárbaro padre! lo que acabo de hacer no me causa ningun remordimiento. Estas llaves que tan oportunamente he encontrado, este dinero que he podido sacar de ese escritorio, este estuche de joyas, todo pertenece á mi difunta madre, y por lo tanto me corresponde á mí.... No tengo escrupulo ninguno; pero para librar á los criados de cualquier sospecha, dejaré este pliego, que escribí mi-

miéntras estaban hablando de mí ¡ Pérfida muger ! ¡ Padre cruel ! ¡ A qué me has reducido ! Yo no te deseo mal alguno ; pero el cielo tal vez.... si algun dia... ah.... vive, autor de mi vida , si vive , para arrepentirte , enmendarte ; y ser un dia el consuelo de tu desgraciado hijo. (*Vase por la sala grande.*)

ESCENA. XI.

Paco con una luz , que deja sobre la mesa.

Paco. Ahora es cuando puedo hacerle salir. Sr. D. Cárlos , Sr. D. Cárlos (*Acercándose á la puerta*) ¡ no me responde ! ¡ qué será esto ! venga V. que no hay nadie ; ¡ Y sigue callando todavía ! tomemos la luz , y veamos (*Toma la luz , entra en el cuarto, y sale como asombrado.*) ¡ Ay de mí ! el escritorio abierto ! todo está entendido. Ah! Pobre Paco ! ¡ ó jóven sin reconocimiento ! ¡ Qué haré ahora ? gritar , pedir asistencia, para que no sospechen de mí. Pero ! y si luego siguen á D. Cárlos ! ¡ si lo alcanzan, si lo cogen , ... démosle tiempo á lo ménos. (*Suena una campanilla*) ¡ Pobre de mí ! qué recelo ! ¡ en qué apuro me veo ! (*Suena otra vez la campanilla.*) No hay remedio ; es preciso llamar. Asistencia.... Socorro.... ¡ Qué desgracia ! .... Ladrones ....

ESCENA XII.

Conde, Doña Teodora, Doña Estefanía, Doña Amalia, Doña Paula, D. Manuel, D. Pablo, D. Antonio, y criados con luces y dicho.

Con. Qué gritos son estos! qué ha sucedido!
Paco. ¡ Ah señor! algun perverso....
Con. ¿ Qué es lo que ha hecho?
Paco. El gabinete de V. S. ... el escritorio....
Con. Acaba.
Paco. El escritorio está abierto: yo temo....
Con. ¡ Pobre de mi! (*entra dentro con luz*)
Pab. ¡ Vaya qué desgracia! ¡ cuando estábamos al primer plato! ¡ cuán infeliz soy!
Teo ¡ Pobre conde! yo estoy temblando.
Este. (Lo celebro infinito, solo por esa maldita.) (*Aparte á sus compañeras.*)
Pau. (La pobreza del conde haria la de esta loca, y solo por este motivo me alegraria infinito.) (*idem*)
Ama. (Bien lo mereceria.) (*idem*)
Pab. (¡ Ah desgraciado de mí! si yo hubiese nacido fabricador de cabellos, creo que los hombres nacerian sin cabezas, para que yo fuera miserable.) (*idem*)
D. Man. (¡ Ah! cuánto siento haber tenido que dejar aquel guisado!) (*idem*)
Ant. (¡ Y aquel pastel tan delicioso!) (*idem*)
Pab. (Todo ha desaparecido.) (*idem*)

ESCENA. XIII.

El conde que sale y dichos.

Con ¡Oh desgracia! qué furor! ¡qué desesperacion! pero vosotros lo pagareis todo: mi casa estaba al cuidado de vosotros, y me respondereis de todo. Pronto sereis presentados ante un juez severo, y el reo será descubierto, y castigado. (*Anda furioso por el teatro, vé la carta de su hijo, la coge y la lee*) Pero ¡qué veo! ¡una carta! .... veamos su contenido..... una luz. (*traen una luz y el conde lee*) veamos. " Para «evitar toda sospecha, que pudiera recaer «sobre la inocente servidumbre, el reo mis«mo se declara. La injusticia paterna, y la «miseria de su familia indugeron á Cárlos «hijo del conde D. Indalecio á cometer ese «esceso."

Teo. ¡Qué hijo tan aleve!

Ama. (Pobre joven! la miseria.)

Estef. (Ha hecho bien.)

Pau. (Me alegro mucho.)

Con. Pronto, criados, pronto, que cada uno do vosotros con escolta segura, salga de Victoria por diferente puerta. No quiero recurrir á la justicia: yo mismo sabré castigarle con rigor: tiemble el perverso.

ESCENA XIIII.

Luis con cuatro criados y dichos.

Luis. Sr. conde, hemos ido al parage que nos mandó V. S., pero no hemos encontrado

á nadie: la casa está desamueblada, y abandonada infaliblemente de marido, esposa, é hijo.

Con. ¡O rabia! ¡Oh inmenso furor! Pronto, un caballo: yo mismo iré á las inmediaciones de Yurre. Aquel es el parage mas solitario, y por consiguiente el mas seguro, si el mas seguro, para ocultarse momentáneamente, y luego escapar. Vosotros dividios todos: los unos hácia Castilla; los otros por Salvatierra, tú te dirigirás á Peña-cerrada y tú á la venta de Aaventra: no les dejemos escapar: no hay que detenerse. Pronto, pronto, el que llegue mas pronto, será mi mayor amigo. Teodora, no te vayas.

Señores, perdonen ustedes, que la rabia .... ¡ah! si llego á alcanzarle .... con mis propias manos .... vosotros, callad. No sé lo que me hago. Marchemos, pronto: estoy desesperado. *Vase.*

Teo. No le perdamos de vista, amigas. *Vase.*

Pau. Cielo, asiste á D. Cárlos. *Vase.*

Estef. Qué padre tan cruel! *Vase.*

Pau. Qué hijo tan infeliz! *Vase.*

Ama. Qué jaula de locos! *Vase.*

Pal. Quién lo duda?

Man. Yo no seguramente. *Vase.*

Ant. Ni yo tampoco; pero á Dios cena ¡Eheu me miserum! ¡Pobre barriga mia! *Vase.*

Fin del acto segundo.

ACTO III.

Campiña con camino real.

ESCENA I.

Tromerio vestido de pobre, con un palo en la mano, haciendo el ciego.

Tro. Nadie pasa: este dia no promete gran cosa: de mañana se conoce el buen dia. El proverbio no yerra; pero viene gente.

Va á sentarse con prisa en un poyo que habrá al pie de un árbol.

ESCENA II.

Enrique, doña Leonor y un hombre que les acompaña.

Leo. Gracias al cielo que al cabo de una hora de andar solos por este camino, encontramos un viviente. Diga V. buen hombre, ¿Vamos bien para ir á la casa de un Labrador llamado Julian Sorronza, vecino de Yurre?

Tro. Si señora: apénas haya V. pasado esta colinita, hallará la habitacion del sujeto que busca.

Leo. Mil gracias, *Yendose.*

Tro. Al pobre ciego.

Leo. Amigo, somos tan pobres como V.

Enr. Si gusta V. de un poco de agua, ahi la tenemos.

Tro. Dios se lo pague, muchacho.
Enr. Dios guarde á V. *Vanse.*
Tro. Lal-lará la ral-lará. (*cantando*)
Lo he dicho ya, que el dia se preparaba malo. Si yo fuese verdaderamente ciego, legítimo pordiosero, esta primera limosna no fuera tan despreciable; pero como me detengo aquí por motivos mucho mas interesantes y tan diversos de lo que parece, el primer golpe no puede ser peor. Gente viene. Volvamos á pedir momentáneamente, para engañar á los crédulos. Al pobre ciego una limosna por Dios: al pobre ciego.

ESCENA III.

Fastidio y dicho.

Fast. Dios le asista, hermano, no tengo sueldo.
Tro. ¿Eres tú Fastidio? Maldito seas.
Fast. Gracias al cumplimiento! no me habias conocido?
Tro. ¿Como era posible? apénas oigo menear una hoja, cátame ciego, con lo que me he librado de muchos naufragios.
Fast. De veras?
Tro. Yo lo creo, siendo como soy un bribon de primera clase, sin este disfraz que escita la compasion agena y que hace que nadie se meta conmigo, me habrian ahorcado yá diez veces á lo ménos.
Fast. Creo que tienes razon.
Tro. ¿Acáso puedes dudarlo? ¿Quién es el que os ha proporcionado mayores gangas que yo? ¿Y cómo hubiera podido proporcionaroslas sin mi fingida ceguera?

Fas. Tambien has participado de lo que se pescó, á rato por cantidad, sin haberte espuesto á nada.

Tro. Hombre! bueno fuera que os hubieseis portado conmigo de otro modo!

Fast. Dejemos esto, y hablemos de lo que importa mas? Qué sugetos eran esos que han pasado poco hace?

Tro. Una pobre muger con un niño y un hombre que les acompañaba.

Fas. ¿Cómo sabes su estado?

Tro. Lo congeturo por los andrajos que llevaban.

Fas. Mire V. que razon! ¡¿Iba acáso vestido con pompa aquel que asesinamos el dia diez de setiembre, y sin embargo le encontramos cosido de monedas de oro? Amigo mio, la apariencia engaña y especialmente en el dia de hoy.

Tro. Hablas perfectamente: cuando yo egercia mi oficio en la corte, (*el arte de robar lo señala con los dedos*) vi grandes cosas, y me acuerdo de todas ellas. Pasaba á veces, por ejemplo, un hombre mal cortado y andrajoso, mas bien encorbado á fuerza de pensamientos que de años, y á pesar de su traje, se le cogió una noche con un gran bolsillo lleno de onzas; al paso que un señorito, que traia gran corbata, bota de moda, anteojos verdes, y que iba jugueteando con un junco en la mano, al haberle asesinado, no se le encontró mas que un lente, unos cuantos cigarros, el retrato de una dama, y unos pendientes de relox cosidos en el pantalon.

Fast. Esto prueba que has hecho muy mal en no silvar.

Tro. Tú que les viste, lo mismo que yo, podias detenerles en derechura.

Fast. Lo hubiera hecho ya; pero estos malditos aldeanos que están siempre en el monte de Yurre, podian oir las voces, y luego....

Tro. Malditos sean. Siempre están allí trabajando; y si cogen á uno en fraganti, lo prenden y lo atan como á un cristo.

Fas. Y esto despues de haberle magullado los huesos á palos.

Tro. Amigo mio! es preciso que mudemos de pais, para no caer en el garlito.

Fas. ¿Y adonde iremos?

Tro. En Castilla, donde la gente no trabaja, y los campos están mas abandonados.

Fas. Dices bien. ¿Y no sabes que Pajaruelo, aquel famoso compañero nuestro, que quiso dejarnos hace tres meses, é ir á forragear en tierra de Búrgos, ha sido ya vendimiado?

Tro. ¡Pobre diablo! ¿Y cómo lo has sabido?

Fas. Por uno de nuestros espías.

Tro. Pero cómo fué? Cómo lo cogieron?

Fas. En la ciudad misma, miéntras estaba haciendo la acostumbrada provision.

Tro. ¡Ay de mi! ¡malo es eso!

Fas. Ese espía tambien á oido hablar mucho de nosotros.

Tro. Tanto peor.

Fas. ¿Tienes miedo?

Tro. Una cosa como esa.

Fas. ¡Pusilánime! qué podran hacernos si nos cogen?

Tro. Con tres palos, dos de pie y uno que atraviesa, una escalera, un empellon, un salto y un hombre que baila el fandango sobre mis costillas, está concluido el asunto.

Fas. Sea en hora buena. La vida es un peso, y si se pierde, un Fastidio de ménos.

Tro. Pero es un peso, que yo llevo de muy buena gana. Retirate que los aldeanos bajan.

Fas. Me voy; pero pónte alerta, para ver si se presenta algo de bueno *Vase.*

ESCENA IIII.

Tromerio; solo.

Tro. Pajaruelo! ahorcado ¡malo va esto! se ha puesto un nudo en el peine, y se ha roto una pua.

Mucho me temo que uno tras otro vayan cayendo todos, y que mi fingida ceguedad se vuelva verdadera. Tengo una antipatía tal al corbatin de Andalucia, y bailar en la maroma floja, que no sé lo que me resuelva. Es preciso pensar en ello muy seriamente, y tratar de ponerme en salvo, si es posible. Al pobre ciego por dios, una limosna.

ESCENA V.

Julian y aldeanos con avíos de labrar la tierra y dicho.

Jul. Buenos dias cieguecito: qué tal le va á V.?

Tro. Mas mal que bien.

Jul. Cómo es que hace algunas noches que no duerme V. en mi cabaña?

Tro. Para no serle molésto; he aprovechado el buen corazon de algunos otros bienhechores; pero si V. gusta, volveré á ella.

Jul. Me alegraré infinito, á lo ménos cuando V.

está allí, pasamos las veladas alegremente con sus amenos discursos. Tiene V. mucha gracia en referir cuentos.

Tro. Es favor que V. me hace.

Jul. Tome V. (*dándole una moneda*)

Tro. El cielo se lo pague.

Jul. Hasta la vista. Le aguardo á V. al anochecer cuando yo vuelva del trabajo.

Tro. Va V. muy léjos á trabajar?

Jul. Detras de aquella loma, á dos mil pasos de aquí.

Tro. El cielo proteja sus labores.

Jul. Acepto el agüero; hasta mas ver ¡ay! ahora que me acuerdo, (*en accion de irse*) empiecen ustedes á andar.

Diga V. buen hombre: (*los labradores ses van*) en este camino, donde estos último dias han sucedido tantos robos, no oyó V. jamas ruido alguno?

Tro. Varios he oido; pero confusamente, sin embargo el ruido de ante ayer lo oí mas claro que fué cuando asesinaron á aquel sugeto creo que sucedio á pocos pasos de aqui.

Jul. Seguramente al revolver el camino (*señalando dentro.*)

Tro. Y le quitaron mucho á aquel pobre caballero?

Jul. Los reloges, un anillo de valor y unos 30 duros en dinero.

Tro. Fué mal tratado?

Jul. No, gracias á Dios.

Tro. No sé porque el gobierno no toma por empeño el esterminar á estos pícaros.

Jul. Tenga V. un poco de paciencia y todo se logrará: bien sé yo lo que me digo.

Tro. Ah, quieralo el cielo.

Jul. Pero V. que siempre está aquí ¿Cómo no ha podido aprovechar una ocasion favorarable para facilítar al gobierno la prision de esos malvados?

Tro. Si la hubiese tenido, no andarian ellos por esos trigos de Dios. Yo no soy bueno para hacer daño á mi próximo; pero esa maldita ralea de asesinos no son, próximos de nadie: llegará llegará, el dia que yo pueda hacerles un flaco servicio.

Jul. Lo celebraria tanto por ellos como por tí; pues de este modo asegurabas tu fortuna.

Tro. ¿De que manera?

Jul. ¿Ignoras que el gobierno ha proclamado una recompensa de cien doblones para el que facilite los medios de esterminar á esa gabilla de pícaros, y ademas el perdon, si fuese uno de ellos?

Tro. No sabia nada.

Jul. Pues bien: ahora que lo he esplicado, procura ser diestro, y ganar esta suma. A Dios cieguecito. *Vase.*

ESCENA. VI

Tromerio solo.

Tro. No es malo eso: no me conocen por ladron; pero me han tomado por espía, favor que debò á mi fisonomía ¡Una recompensa de cien doblones!

Es imposible que con una propuesta como esta, deje yo de desertar de la gavilla ¡Ah máquina fatal de las tres bigas, escalera, cuerda, y ¿qué sé yo! siempre te tengo delante, y me haces temblar y estremecer.

ESCENA VII.

Fastidio por detras y dicho.

Fast. Dime: (*dándole con la mano en el hombro.*
Tro. Al pobre ciego. (*poniéndose á hacer el ciego con prontitud.*)
Fast. El Diablo que te lleve.
Tro. Maldito seas! me has dado otro susto. Y bien: qué es lo que quieres?
Fast. ¿A qué efecto se ha detenido tanto tiempo aquel aldeano contigo?
Tro. Me habló algo de los asesinos.
Fast. ¿Y qué le respondiste tú
Tro. Bien puedes figurártelo: he ido segundando sus máximas maravillosamente; pero..
Fast. ¿Vacilarias acaso?
Tro. Por ahora no.
Fast. Ni ahora, ni nunca: de lo contrario tiembla por tu vida; porque estamos alerta.
Tro. Hombre, hombre! no te acalores tanto: ¿qué motivo tienes para sospechar?
Fast. El miedo que siempre traes en el cuerpo.
Tro. ¡Qué poco me conoces! ¡yo miedo! ¡El fingido ciego de Yurre, Tromerío, del Galapagar, tener miedo! anda, anda, amigo Fastidio; procura estar tan pronto al cumplimiento de tus deberes, como yo al mio, y te aseguro que nuestros intereses mejorarán cada dia.
Fast. Sin embargo, quiero seguir tu consejo, y persuadir á nuestros compañeros á que tomemos pipa, y mudemos de escondrijo.
Tro. ¡Bien pensado! ¡viva nuestro capitan!

ESCENA VIII.

Carlos desde adentro.

Car. ¿Quién me asiste? quién me socorre?
Fast Qué gritos son estos?
Tro. Retírate pronto, retírate
Fast. Y tú está alerta para cuando pueda ofrecerse. *vase.*
Tro. ¡Si será alguno de los nuestros al que persiguen los miñones! Eh ¡ya soy ciego otra vez! (*Se vuelve á su sitio*) pero tiemblo como las hojas de los árboles batidas por el viento de tramontana.
Car. ¡A donde voy! (*Sale con la mayor turbacion y desórden, huyendo*) No puedo mas: ya le tengo encima ¡triste de mí! Si pudiese esconderme entre esos árboles! Esconderme! ¿Y porqué? ¿Temo acáso la muerte? Ah! No por mi! por mi muger y mi querido hijo. Ahora se apea de (*Mirando á los bastidores.*) su caballo, para no arriesgarse entre estas escarpadas rocas. Le aguardaré aquí, para ver de enternecerle; ó á lo ménos, para que se averguence de mi persecucion ¡O desnaturalizado padre! ¡O el mas infeliz de los hijos!
Tro. ¡Hijo! ¡padre! Pongamos atencion.
Car. ¡Qué ceño tan terrible! ¡qué furia infernal! mi muerte es segura. Ya estoy preparado á ella. El cielo cuidará de mi pobre familia ¡Valgame Dios! Ya le tengo delante.
Tro. ¡Qué diantres va á suceder ahora!

ESCENA IX.

El conde con una pistola en la mano y dichos.

Con. ¡Hijo infame! (*Corriendo tras él*)
Car. Ah! padre mio! (*se arrodilla*)
Con. ¡Hijo asesino! ¡afrenta de mi casa, dame cuenta de lo que acabas de robarme; ó aquí te mato.
Car. Un derecho filial, la escesiva miseria, mi desesperacion.
Con. No oygo disculpas mis joyas, mi dinero, ó te abraso los sesos.
Car. En este envoltorio hay quinientos doblones en oro, y este es el estuche donde están las ricas joyas de mi difunta madre.
Tro. ¡Qué bocado tan escelente seria este, á no ser por los tres malitos palos!
Con. ¡Hasta al esceso de robar has llegado por causa de una muger infame!
Car. Diga V. mas bien, por causa de su crueldad, padre mio.
Con. ¡Yo tu padre! No soy padre de asesinos.
Car. V. lo es de un hijo desventurado, que implora perdon y piedad á las plantas de V.
Con. Dejame, ó teme mi furor.
Tro. Demos este golpe, y sea el último.
Car. Yo moriré á sus pies. (*Aquí el ciego da un silvido*)
Con. Qué seña es esta? ¿acáso me has vendido?
Car. No sé nada; padre.
Con. Ellos vienen; pero sabré defenderme, malvado.

ESCENA X.

Fastidio, ladrones y dichos.

Fast. Tenderse al suelo, ó les hago saltar la tapa de los sesos.
Con. Primero morirás tú (*disparando una pistola que no da lumbre.*)
Fast. Tu golpe ha faltado; pero no faltará el mio. (*Saco una pistola.*)
Car. Defenderé á mi padre, á costa de mi propia vida. (*Agarrando del brazo á Fastidio*)
Fast. Huye V. déjeme V. (*á Carlos.*)
Car. Huya V.; (*á su padre*) y tú tiembla. (*á Fastidio.*)
Un ases. Muere pues. (*disparando un fusilazo*)
Car. ¡ Ay ! (*cae.*)
Con. ¡ Hijo mio ! (*Queda estático mirando á Cárlos.*)
(*los ladrones lo recogen todo y se van.*)

ESCENA XI.

Doña Leonor desde dentro y dichos: y luego Julian y aldeanos.

Leo. Digo que he oido la voz de mi esposo.
Fast. Gente viene.
Jul. Corramos amigos. (*Desde adentro por el lado opuesto.*)
Fast. Huyamos. (*Vanse los ladrones.*)
Leo. ¿ En dónde está ? ¿ En dónde está ? ¡ Jesus mil veces ! (*Viendo á Cárlos en el suelo cae desmayada en los brazos de Lucía.*)
Jul. No hemos llegado á tiempo. (*Saliendo con

los suyos.) El homicidio está ya cometido rodead á ese hombre, prendedle y conducidle. *Los aldeanos rodean al conde el cual aturdido les sigue.* ¿Qué muger es esta?

Luis. La esposa del difunto cuyo matador ha sido su padre.

Jul. ¡Qué barbarie! socoredla: yo voy.

Luis. A dónde?

Jul. A conducir al preso al tribunal.

Luis ¡Cuánto la compadezco! ¡pobre señora!

Fin del acto tercero.

ACTO IV.

Tribunal con mesas, sillas, recado de escribir y dos pistolas.

ESCENA PRIMERA.

El juez y el escribano.

Juez. Para terminar la sumaria, será indispensable oir lo que diga la visita que se ha mandado hacer.

Escrib. Hace ya rato que salió, y como de Victoria á Yurre no hay gran trecho, presumo que pronto estarán de vuelta. Entre tanto, si Usía quiere, podrémos examinar á Julian Sorronza, quien ayudado de algunos miñones y aldeanos, logró prender al feroz conde.

Juez. Su nombre me llena de horror! ¡ A demas de haber reducido á su último hijo á la mayor desesperacion, llevado de ese amor que tiene á Doña Teodora, ha llegado hasta al estremo de hacerse parricida. Esa buena señora lo pagará todo. ¿Quien sabe si ella con sus pérfidos consejos habrá seducido al conde, para llegar á ser dueña de todo? Se le ha dado órden de arresto en su propia casa, como mandé?

Escrib. Tanto á ella como á Doña Paula, Doña Amalia, y Doña Estefanía. Tambien aquellos caballeros D. Pablo, D. Manuel, y D. Antonio se hallan detenidos en la sala del tribunal.

Juez. Ha hecho usté muy bien. En estos casos nunca se peca por carta de mas, en cuanto á precaucion. Venga aquí Julian, y repita la relacion de la funesta catástrofe que presenció; aunque esta formalidad es inútil. No hay duda alguna en que el conde sea reo y la muerte le aguarda.

Escrib. ¿Y si insistiese en negar?

Juez. Se le condenaria como á reo convicto.

Escrib. De este modo la desgraciada esposa del difunto D. Cárlos....

Juez. Sera la tutora de los bienes de su hijo, y este el heredero de todo. Aun cuando el conde no quisiese testar así, el tribunal lo mandaria.

Escrib. Como la mayor parte de los bienes son libres y adquiridos con su propia industria....

Juez. No importa: hay casos en que la ley puede estenderse, y los jueces arbitrar, mayormente cuando se trata de parentesco tan estrecho.

Escrib. Ahi viene el labrador.

ESCENA II.

Julian y dichos.

Juez. Acérquese V.

Jul. Dios guarde á Usía.

Juez. ¿Como fué que usté prendió al conde, D. Indolecio, que hoy ha sido denunciado al tribunal? ¿Y dónde lo prendió usté?

Jul. Le prendí, como ya lo llevo dicho, por homicida de su hijo, y esto en el bosque de Yurre.

Juez. ¿Qué pruebas dará V. de lo que espone?

Jul. Las siguientes: yo, mis hermanos y mis criados íbamos esta mañana al trabajo; cuando á la entrada del bosque de Yurre vimos llegar un caballero lleno de sobresalto, y susto, que á todo gritar pedia asistencia. Estaba por echármele encima, suponiéndole sugeto sospechoso y compañero de los ladrones que infestan aquel contorno, cuando algo mas léjos vi á otro hombre á caballo, que á todo galope le iba al alcance con una pistola en cada mano. Queria yo detenerle; pero no fué posible; pues cuando bajámos al camino real, el caballo pasó como un relámpago, perdiéndose de vista. Fuímos sin embargo tras él con la mayor aceleracion, y llegamos al lugar del acontecimiento; pero ya demasiado tarde. El jóven yacia yerto á las plantas de aquel viejo, quién lleno de estupor, ó arrepentido tal vez, estaba inmóbil, mirando su atroz delito. Algo mas allá, una jóven, á quien poco àntes habiamos dado hospedaje por urbanidad, estaba caida y abandonada en los brazos de Lucía, mi cuñada, desmayada por el dolor y el estremecimiento, que aquel lance le causó. Yo les mandé.... ¿ pero de qué sirve decir mas? Todo está declarado: he hecho mi deber: ahora toca al juez el resolver y decretar.

Juez. ¿Y esas pistolas?

Jul. Son suyas. La una debe estar cargada, la otra no.

Juez Muy bien. Ahora retírese V. por un rato.

Jul. Obedezco. *Vase.*

ESCENA III.

Dichos mènos Julian y un criado.

Juez. ¡Qué lances! (*Toca una campanilla y sale un criado.*)
Venga el reo. (*Vase el criado.*) Poco trabajo costará el estender esta sumaria.

Escrib. El llega.

Juez. ¡Cómo le ha trasformado el crímen! Hombres feroces, miraos en este espejo, y horrorizaos de la manía de derramar sangre humana.

ESCENA. IV.

El conde pálido y desfigurado, cuanto sea posible, se adelanta lleno de horror, y como estúpido entre guardias, las cuales á una seña del Juez se retiran.

Juez. ¿Quién es usté? (*Mucha pausa.*)
No responde uste? (*Otra pausa.*) Se lo pregunto en nombre de la ley.

Con. Donde está el patíbulo?

Juez. Responda V. á lo que se le pregunta.

Con. Mil muertes, no una sola (*en acion de marchar como si fuere al patíbulo.*) Vamos pues: estoy pronto á sufrirla.

Juez. Entienda V. que no podrá librarle de ella un delirio verdadero. Por lo tanto, si V. se empeña en fingir, sepa señor conde D. Indolecio....

Con. Nombre de abominacion y terror. Cada instante que se me dilata la ejecucion de

mi castigo, es mas fatal para mí que la muerte misma.

Juez. Cuán enagenado está! (*aparte.*)

Con. La justicia, infalible aguarda mi alma, para condenarla á un suplicio horroroso y bien merecido.

Juez. Sin duda que esa misma tremenda justicia le fuerza ahora que á su pesar confiese el horrible delito que ha cometido; pero yo no puedo, ni de hacer caso de sus palabras, porque las dicta una mente vacilante y desordenada.

Con. ¿Qué es lo que veo? ¿cómo dejan á mi hijo sin enterrar? ¡Asi en medio del camino real! Y esa muger que está espirando á su lado ¿Quién es? Si; la impia Teodora. Ah! con esa otra pistola quiero... ¡muger infame? Tú me has hecho tirano de mi hijo: por ti le negué los alimentos, los alimentos, por tí perdí todo sentimiento de piedad y compasion; por ti se vió precisado á sacar de mi casa ese dinero y esas joyas que de derecho le pertenecian... perseguì... por ti le he perdido... por ti, si, por ti que eres; calla!.. huye, tiembla ó yo mismo con este acero... si.... yo mismo: me fuerzes á cometer nuevos delitos.

Juez. ¡Oh cielos! ¡cómo manifiestas prodijiosamente tu poderosa justicia! (*Se levanta se acerca al conde y le habla con voz firme.*) Señor conde, vamos: qué hacemos? la ley...

Con. La ley me unirá á ti, ó el mejor de los hijos; y muy en breve!.... ¡Oh virtud sin ejemplar! tú me sonries, y me miras con dulzura, al paso que yo, inhumano. No puedo sostener tus miradas: déjame por

Dios; piedad, hijo, piedad; yo te lo pido con toda la efusion de mi alma.

Juez. Su estado da compasion.

Con. ¡Ay de mi! que furias! (*Con horror y desesperacion*) ¿Quién me acomete? quién me persigue? ¿quién me prende? Ah yo veo el infierno abierto. Deteneos, deteneos, (*cae desmayado.*)

Juez Haga V. que le socorran.

Escrib. (*Toca una campanilla, salen algunos criados, se acercan á él, y hablan en voz baja.*)

Juez. Será preciso volverle á conducir á su prision: ahora no es posible que declare cosa alguna.

ESCENA IV.

Doña Leonor. y dichos.

Leo. ¡Qué yo le vea á ese malvado! (*furiosa*) á ese verdugo inhumano de mi querido esposo! Que pueda yo llenarle de amargas reconvenciones, y que le vea morir desesperado!

Juez. Sosegaos, Señora.

Leo. No hay en el mundo muger mas infeliz que yo: si hubiera conocido V. S. á mi Cárlos, creeria sin dificultad lo que digo. Era virtuoso, afable, cariñoso, constante... Todo lo poseia. Era tan bueno como perverso su inhumano padre: este el centro de todas las maldades. Pero en dónde, en dónde está ese infame? Que yo le vea: que yo le reconvenga: déjemele V. S. ver por Dios.

Juez. Mírele V. allí mas infeliz que V. misma.

Leo. No lo crea V. S. Es un impío.

Juez. Le aseguro á V....

Leo. El le engaña.

Juez. No es posible..-

Leo. Repito á V. S. que le engaña.

Juez. ¡ Con que objeto quiere V. ?

Leo. Para burlarse de nosotros.

Juez. No le saldrá bien.

Leo. Así lo espero.

Juez. Y dentro de poco...

Leo. Qué ?..

Juez. La muerte....

Leo. Prosiga V. S.

Jul. En un cadalso infame.

Leo. ¡ Cielos ! que oygo !

Juez. Terminará....

Peo. Calle V. S. por Dios ! Válgame el cielo ! (*Pausa.*)

Juez. Pero, señora; si él para enmienda de sus crímenes no puede evitar la última de las desgracias; ¿ quiere V. agravarla todavía ?

Leo. No señor; no soy capaz de tal cosa...

Escrib. El vuelve en si.

Leo. Ah ¡ Cárlos mio ! mí unico consuelo ! ¿ en dónde estás ? ¿ Qué será de mí y de tú hijo Enrique ?

Con. Ay de mi ! (*volviendo en si*)

Leo. El inocente te buscará por todas partes: á todos preguntará por tí y nadíe le responderá , para no traspasar su tierno corazoncito , ó le señalaran el lugar de su eterno descanso. (*Señala al cielo.*)

Con. Que lamentos ! ¡ Qué voz es esa ! ¡ Valgame el cielo !

Leo. ¡ Oh amarguisimas lágrimas ! salid de mis tristes ojos con abundancia; que no corre-

reis mucho tiempo.

Con. ¡ Doña Leonor ! la viuda de mi hijo ! ¡ válgame el cielo !

Leo. Si : yo soy esa infeliz, que en toda su vida no ha hecho mal á nadie ; que tuvo la desgracia de nacer pobre, y que por este motivo fué reputada de V. por indigna ser su nuera, y mirada como infame y deshonrada : yo soy esa infeliz, que por causa de V. perdió el único consuelo que tenia, el esposo mas tierno, mi querido Cárlos ¡ ah! si... dónde estás ? (*Delirando por la escena*)

Con. ¡ Ah ! ¿ Porqué se me deja en vida ? ¡ Oh terrible angustia ! ¿ No es este el tribunal? ¿ No son estos los jueces ? ¿ Porqué tardan pues á darme la muerte ? ¿ No la he merecido mil, y, mil veces ? ¿ no soy el que maté al mayor de los hijos ? Resuelvan pues pronto ; ó mi misma desesperacion me quitará la vida ¡ Ah ! si : esta sola culpa es la que me falta para presentarme ante el juez supremo, lleno de toda suerte de delitos. Vamos : pronunciad la deseada sentencia, y mi estado fatal os cause terror y piedad.

Juez. ¿ Conque V. se confiesa reo ?

Con. Si : reo de mil delitos, que todos merecen otras tantas muertes: despachad pues.

Juez. Poco satisfecho quedaria yo de la precipitada confesion de V., si el hecho mismo no lo comprobase todo.

Leo. ¡ Ay de mí ! No dé V. S. asenso á lo que dice, que está delirando.

Con. ¡ Pobre Doña Leonor ! muger generosa ! La virtud de tu alma no puede ser suficientemente recompensada con todos mis

bienes; pero de ellos te hago donacion ahora, y tu inmensa pérdida no puede resarcirse en parte, sino con mi propia sangre.

Doña Leo. No es eso lo que pido; al contrario yo imploro de....

Juez La sentencia de V. es muy fácil de conocer.

Con. ¿Será de muerte?

Juez. Sin duda.

Con. Me alegro.

Juez. Y no se retardará muchos dias la ejecucion.

Con. ¡Cómo muchos dias! Mañana, esa tarde.

Leo. No le crea V. S. no le atiendan.

Juez. Es preciso pues que disponga V. de sus bienes.

Con. Ya está hecho. V. S. puede confirmar mi determinacion. Quiero pues que todos ellos pasen á la infeliz Doña Leonor y al pequeño Enrique, mi nieto.

Juez. Volvedle á conducir á la cárcel. (*á los ministros.*)

Con. ¡Con que no puedo morir en ese instante! Cúmplase pues la voluntad del cielo. Perdona mis enormes culpas, y sosiega tu espiritu: que mi nombre no te sea odioso y cuída del desgraciado Enrique, unico resto de mi desgraciada familia... ¡Ah Cielos! ¡ah gran Dios! ¡tú me llamas, hijo mio! Pronto te seguire. (*Se lo llevan.*)

Leo. ¡Qué me queda ya en ese mundo! Enrique, el solo Enrique, sin el cual pronto acabarian mis dias, pronto dejaria de padecer, ¡Oh! destino de los mortales, cuán incierto eres!

Juez. Conducidla á mi cuarto, y que allí se le

den todos los socorros posibles. (*Doña Leonor se va con el escribano.*)

Que ¡ dia de lances ! yo estoy fuera de mí ! ¡ Un hijo que muere à las manos de un padre ! Este que se arrepiente, y espera la muerte por instantes !...

ESCENA V.

Escribano y dichos.

Escrib. Un ciego que viene de las inmediaciones de Yurre, pide permiso para tratar de cosas de suma importancia.

Juez. Que venga.

Escrib. Que entre. (*Hacia la puerta.*)

ESCENA. VI.

Tromerio y dichos.

Tro. Hago una humilde reverencia á V. S. Sr. juez.

Juez. ¿ Quién eres ?

Tro. Tromerio del Galapagar nativo de Victoria.

Juez. ¿ A qué vienes ?

Teo. A deponer grandes cosas.

Escrib. Me parece conocer á V.

Tro. Seguramente que me conoce ; á montones de veces he sido presentado á V. para tocar la trompeta.

Juez. No te entiendo.

Tro. Para contar vidas agenas : en otro tiempo era yo espía.

Juez. Cuanto mas te miro, ménos parece que seas ciego.

Tro. ¡Qué he de ser ciego! si tengo la vista mas fina que un lince.

Escrib. ¿Qué es lo que dices? yo sin embargo te he conocido ciego.

Tro. Yo lo creo: lo mismo que un topo. Entónces mi ficcion tenia sus motivos; ahora estos han desaparecido; y por lo tanto he cobrado la vista.

Juez. No es malo eso ¿Y cuáles eran los motivos?

Tro. Los de vivir tunanteando.

Juez. ¿Y ahora?

Tro. Estoy arrepentido.

Juez. ¿Qué piensas hacer?

Tro. Echarme á las plantas de V. S., pedir perdon de mis culpas, y en recompensa declarar un grande arcano.

Juez. ¿Con que tú vienes á pedir impunidad? Habla pues.

Tro. Sepa yo primero si se me concede esa impunidad: de lo contrario estoy dispuesto á morir con el secreto en el cuerpo.

Juez. Yo te doy palabra de que se te perdonará la pena de la vida.

Tro. Bajo este supuesto, voy á declarar que yo soy un móvil, y agente secreto de esa gavilla de asesinos que infestan los alrededores de Yurre.

Juez. ¿De qué modo?

Tro. Yo era aquel que estando en el camino real de Bilbao, bajo pretesto de pedir limosna, daba las señas, para que mis compañeros sorprendiesen á los viajantes.

Juez. Por consiguiente tú eres....

Tro. Un pícaro de marca: ya lo he dicho. Tan ladron es el que roba como el que guarda el saco.

Juez. ¿Y cuál es el arcano que nos quieres revelar.

Tro. Paciencia, Sr. juez; que no soy costal. ¿No ha sido conducido aquí un caballero, por haber dado muerte á su hijo?

Juez. Sí.

Tro. ¿Cuyo hijo habia robado una cantidad de dinero?

Juez. Sí.

Tro. ¿Y un estuche de joyas?

Juez. Si, si.

Tro. ¿Que ahora ha muerto de un pistoletazo?

Juez. Si: si, te digo que si.

Tro. ¿Que tenia una muger jóven?

Juez. Hombre, acaba de una vez.

Tro. Pues sepa V. S. que el padre es inocente del homicidio que le imputan.

Juez. ¡Hombre! ¿Dices verdad?

Tro. Le digo una verdad, que no tiene réplica.

Juez. ¿Como lo probarás?

Tro. Como cuatro, y cuatro son ocho. Llegó esta mañana aquel jóven, trémulo, fugitivo, y turbado al parage donde yo pedia limosna en apariencia, y robaba en realidad. A pocos instantes, se presentó el padre furioso con una pistola en cada mano, y gritando desaforadamente *Vuélveme mi tesoro asesino, ó te abraso los sesos.* El buen hijo se arrodilla, le pide perdon, y le pone á sus pies dineros y joyas. Entre tanto yo doy la señal convenida á mi gavilla, y esta baja al instante con la velocidad de un rayo. El anciano quiere hacer resistencia, y dispara una pistola que no da lumbre. Fastidio, nuestro capitan, quiere tomar ven-

ganza de esta insolencia y matarle. El jóven se pone en defensa de su padre, y en este intermedio otro de los nuestros dispara un fusil contra el infeliz, y lo deja en el sitio. Oyense algunos gritos, que atemorizan á los asesinos, y huyen: llegan al mismo tiempo algunos aldeanos, ven la turbacion del padre, la soledad del lugar, la pistola, el difunto, y ¿Qué sé yo? Lo cierto es que creyéndole reo, le prenden y se lo llevan.

Juez. ¡Válgame Dios! ¡Qué rayo de luz me ilumina!.. Y tus compañeros?

Tro. Están todos en el centro del bosque de Yurre, en una gruta casí inaccesible, en donde hacen actualmente el reparto de lo robado.

Juez. Esto es muy cerca.

Tro. Yo lo creo.

Juez. Será indispensable que tú mismo vayas...

Tro. Ya entiendo: á servir de guia á los ilustres caballeros de la Atrapa.

Juez. Y si hubieses mentido....

Tro. Pago con la cabeza.

Juez. Pero si saliere todo verdad....

Tro. Los doscientos duros son mios.

Juez. Anda pues.

Tro. Pronto saldrá V. S. de dudas. (*Vase acompañado.*)

ESCENA VIII.

Dichos ménos Tromerio.

Juez. Dénse todas las órdenes necesarias, y no se pierda de vista á ese hombre, por lo que podria suceder.

Escrib. Quedo enterado. *Vase.*

ESCENA VIII.

El juez y los escribientes.

¡Qué lance! ¡Cuánto me alegro por el pobre Sr. Conde! Cómo las apariencias mas patentes, están á veces en contradiccion con la verdad! Si ese hombre, ó arrepentido, ó llevado de la codicia de ganar la suma ofrecida, no acude á tiempo para revelar este acontecimiento, el inocente conde habria perdido la vida cuanto ántes.

ESCENA IX.

Escribano y dichos.

Escrib. El fingido ciego está ya para salir, rodeado de un buen número de gente armada, á caballo; entre tanto sírvase usía leer la deposicion de la visita de los facultativos del tribunal. La han enviado con anticipacion por medio de un espreso los miembros que la componen.

Juez. Pues veamos. (*El juez abre el pliego y lee bajo, luego toca la campanilla con precipitacion, y sale un criado.*) Pronto, pronto, que venga doña Leonor, que el conde salga de la carcel y sea conducido aquí, sin perder un momento. *Vase el criado.* ¡Oh! qué placer oh! qué consuelo!

Escrib. ¿Qué ha sucedido pues? ¿que es lo que le ocasiona tanta alegría?

Juez. Escuche V. (*Lee*) *Hemos visitado y re-*

conocido, á tenor de las instrucciones dadas y segun los estilos de nuestra profesion, al herido D. Cárlos, no solo no está muerto, como se decia, si que le declaramos fuera de riesgo en cuanto á la herida: tal vez el dolor, el cansancio, ó alguna estraordinaria síncope le quitó los sentidos en aquel instante; pero ahora, que ha vuelto en sí, y que le hemos curado regresa á la ciudad en una silla de mano, acompañado de nosotros los médicos y cirujanos del tribunal.

Escrib. ¡ En mi vida probé mas grande placer !

Juez. Doña Leonor viene

ESCENA XI.

Doña Leonor y dichos.

Juez. Alégrese V.

Leo. ¡ Alegrarme ! ¿ Porqué ? ¡ Qué nuevo júbilo brilla en en el rostro de usía ! ¡ Qué motivo puede haber para que yo me alegre, cuando con la muerte de mi tierno esposo he perdido cuantos bienes tenia en este munndo !

Juez. Ya lo se ; pero... (Es preciso irla disponiendo poco á poco á la feliz noticia.)

Leo. Las palabras interrnmpidas de V. S., esa alegría tan repentina...

Juez. Nace de un motivo muy justo.

Leo. Esplíquese V. S. : sáqueme de tanta incertidumbre.

Juez. El conde, su suegro de V...

Escrib. El llega.

ESCENA XII.

El conde y dichos.

Con. ¿Porqué se me llama de nuevo á este sitio? ¿Porqué no se me deja en el horror de la cárcel, ménos odioso para mí que la luz del sol?

Leo. Tambien han interrumpido el libre curso de mis interminables lágrimas, llamándome aquí de nuevo.

Juez. Es hora ya de que el llanto desaparezca de los ojos de ustedes, para dar lugar al júbilo y á la alegría.

Con. ¡Oh! Dios seria posible esto! diga V. S. Háblame con toda claridad! A cuantos fantasmas da cuerpo mi imaginacion!...

Juez. No, no son fantasmas las cosas que pueden imaginar ustedes; y para empezar á convencerles.... (*Va hacia la puerta*)

Leo. Mi corazon palpita: ¡Qué agitacion! ¡Quién sabe!... Ah! Yo moriria del esceso de mi júbilo.

Juez. Quitense las cadenas al Sr. conde (*á un ministro que sale.*)

Con. ¿Porque es eso, Sr. juez?

Juez. Porque hemos sabido la inocencia de V.

Doña Leo. ¡Será posible!

Juez. V. no merece ya la pena de muerte.

Con. ¡Y ese es todo el consuelo que usia me queria dar!

Juez. Le parece V. poco el poder vivir honrado, cuando debia morir infamemente?

Con. Usia ha sido engañado: yo soy reo de mil muertes, por las injusticias cometidas

contra mi buen hijo.

Juez. Tambien el, ¿Quién sabe? tal vez su herida....

Doña Leo. ¡Qué lisongeras esperanzas quiere usía infundirnos! (*Con mucha alma.*)

Juez. Los médicos todavía no han vuelto de la visita, y quién sabe si?.. Hay voces que...

Con. Yo mismo le vi espirar, sumergido en un mar de sangre, y dirigiendo sus morimundos ojos hácia su inicuo perseguidor.

Leo. Yo tambien lo vi; pero las palabras de usía ocultan algun misterio ¡Ah! Si sabe usía algo que nos pueda consolar, hable, esplíquese por Dios.

Juez. A decir la verdad, se da por cierto...

Leo. ¡Santos cielos! ¡Qué dice usía?

Juez. No hay que lisongearse demasiado; pero se asegura....

Con. ¡Cuánto ha conmovido mi corazon lo que acaba usía de proferir!

Doña Leo. ¿Pero quién hace correr semejante voz?

Con. ¿Con qué fundamento?

Juez. Un aldeano de Yurre...

Con. ¿Que ha salido de alli?...

Juez. Hace muy poco...

Leo. ¿Y ha llegado?...

Juez. Ahora mismo.

Con. ¡Oh buen Dios! (*Levanta las manos al cielo*)

Leo. Buen Dios! devuélveme mi esposo.

Con. Restitúyeme el hijo.

Leo. Vamos, señor, vamos.

Con. Si, vamos á oir nosotros mismos....

Juez. No es necesario: él viene.

Con. ¿Quién? ¡Será posible!

Leo. ¡Eterno Dios!

ESCENA. XIII.

Dichos, Carlos bendado y conducido por hombres del tribunal.

Carlos. ¡ Ah esposa !
Leo. ¡ Cárlos ! ¡ Cárlos ¡ Ah ! El es ! (*se abrazan*)
Con. ¡ Oh inescrutable providencia !

Fin del acto cuarto.

ACTO V.

ESCENA I.

Cárlos tendido sobre el camapé; Leonor, el conde, el juez, y Enrique.

Car. Si, queridos mios, dulces prendas de mi alma, me hallo ya bastante mejor. Aquel mortal deliquio fué ocasionado por el escesivo cansancio, el temor y la sorpresa, mas bien que por la herida; aunque esta dió el golpe decisivo á la dibilitada máquina.
Leo. ¿ Pero quién nos hubiera vaticinado, tantos consuelos, amigo Cárlos? ¡ Un dia tan fatal y tan lleno de siniestros acontecimientos, debia mudarse tan repentinamente en una aurora tan pura y agradable !
Enri. ¡ Pobre Papá ! ¡ Cuántas desgracias ha padecido V !
Con. Yo solo he sido el cruel autor de todas ellas. ¡ Hijo ! ¡ Doña Leonor ! ¿ Me perdonais ?
Car. Querido padre, no nos haga V. llorar

de alegría: bastante hemos llorado hasta ahora,

Con. No se hable mas de lo que ha pasado, pues todo ello me llena de rubor y de vergüenza; pero pensemos en hacer para siempre nuestra felicidad verdadera.

Car. Bendigo mil veces esta herida; pues por medio de ella, he vuelto á adquírir la ternura de mi adorado padre.

Leo. ¡Qué dulce porvenir nos aguarda!

Con. Bendita sea la providencia celestial, que ha velado sobre nosotros.

Juez. ¡Almas virtuosas! Vuestra noble competencia me enternece, y me llena interiormente de un júbilo inesplicable.

ESCENA II.

El escribano y dichos.

Escrib. Sr. La caterva de los sugetos que se han citado, están ya en la antesala, aguardando las órdenes de usía.

Juez. Me alegro mucho.

Escrib. La chusma de los ladrones acaba de llegar á la cárcel.

Juez. ¡Conqué la deposicion de Tromerio, el fingido ciego, ha salido verdadera?

Escrib. Si señor.

Juez. Disponga V. que me lo traigan aquí al instante; y en el interin que le hablo, entretenga V. la caterva de los ociosos, en en la inteligencia de que ninguno de ellos entre hasta que yo haga seña con la campanilla.

Escrib. Quedo enterado. *Vase.*

ESCENA III.

Dichos ménos el escribano.

Juez. ¿Lo han oido ustedes? la inocencia siempre triunfa de todos los obstáculos que se le oponen. Tengan ustedes la bondad de pasar á mi aposento, donde podrán descansar con mayor comodidad, y aguardar el instante de su triunfo total.

Car. ¡Cuánta es la bondad de V. S.!

Enri. ¡Qué caballero tan cumplido!

Con. Héroe verdadero! (*Sosteniendo al hijo y se va con los demas.*)

Juez. ¡Qué imprevisto é inesplicable consuelo he disfrutado en el dia de hoy! pero Tromerio se adelanta.

ESCENA IV.

Dicho y Tromerio.

Tro. Mil gracias, mil gracias, caballeros.

Juez. ¿Con quién hablas?

Tro. Con esos malditos corchetes, que saben dar tan apretados abrazos. No sé porqué será; pero no me perdian un solo instante de vista. ¿No les dijo usía que yo estaba con entera libertad?

Juez. Todavía no es hora.

Tro. ¿Cómo que no es hora? ¿Qué quiere decir usía con eso?

Juez. Como hasta aquí fuiste un asesino; podrias ser actualmente un impostor.

Tro. ¿Porqué me dice usía eso?

Juez. Toma. En este bolsillo hallarás la suma para el delator.

Tro. Hasta aquí no va mal.

Juez. Tuya es.

Tro. Ya lo sé.

Juez. Puedas gastarla en lo que mas te acomode.

Tro. Tambien lo sé.

Juez. Si, hombre perverso; si, hombre infame.

Tro. ¿ Porqué me habla así V. S. ?

Juez. Despues de haber por espacio de tantos años vivido con tus compañeros, ejercitando la misma profesion y oficio, ¡ cómo has tenido valor para vender sus vidas á tan infame precio ! No te indujeron á ello el arrepentimiento de tus pasados crímenes ni el deseo de hacerte útil á la sociedad misma que tanto habias ofendido; sino únicamente la codicia de enriquecerte con esos cien doblones. En calidad de juez criminal, mirándote solo como asesino, te habria despreciado, y tal vez compadecido, reflexionando que el hombre está sugeto á errar; pero viéndote tan reo como tus camaradas, y que si te libras del castigo que tenias tan merecido, es por medio de otra infamia mayor; te detesto y abomino. Las sacrosantas leyes, y todos los hombres de bien que justamente las administran en favor de la humanidad, gustan de la delacion, pero aborrecen al delator ¡ Ah ! Entre las cosas despreciables de la tierra, no ha habido, no hay, ni habrá, otra mas soez, aunque necesaria, que un espía. Ola : conducid á ese hombre á la cárcel. (*Salen ministros del tribunal*)

Tro. ¡ Cómo ! ¿ Así me cumple V. S. la palabra ?

Juez. Te la cumpliré del todo, bribon, cuando esté jurídicamente probado cuanto espusiste; pero al verte fuera de la prision á donde vas interinamente, guárdate de caer en la mas leve falta; pues esta renovaria en la mente del juez la menor de todos tus antiguos delitos, y podria ser que los pagases todos de una vez.

Tro. ¡Ah! Ya lo veo; es menester tener juicio, y volverme hombre de bien. Para robar sin correr riesgo de los tres palos, me pondré á prestar dinero sobre prendas, al módico interes que corre hoy dia. *Vase.*

Juez. No creo que mis palabras hayan conmovido esa vil alma, en la cual reside el vicio, mas que lo que un leve soplo puede mover una columna de mármol. (*suena una campanilla.*) Voy á disponer para una escena agradable los ánimos tristes de esa buena familia. Ah! Cuán dulce es el poder ser útil á los corazones honestos y virtuosos! *Vase.*

ESCENA V.

El escribano con toda su comitiva.

Escrib. Entren ustedes, señores, esta sala es mas amena y alegre que la otra; aquí estarán ustedes mejor. (*Se sienta á la mesa.*)

Doña Teod. ¡Antes un arresto, y ahora una citacion! ¡qué significa todo esto?

D. Pab. Las piernas me tiemblan á fe.

D. Man. Porqué motivo?

D. Ant. Nosotros no tenemos delitos de lesa justicia.

Ama. Si he de decir la verdad, tampoco estoy yo tranquila.

Estef. Seguramente ese modo de obrar me da sospechas.

Paula. Yo, por mi parte estoy muy sosegada; el conde, si es verdad que haya dado muerte á su propio hijo, es el solo reo.

D. Pab. Dice muy bien doña Paula, el conde solo es quien debe temblar; el conde...

D. Man. ¿saben ustedes la idea que me ocurre?

Doña Teod. ¿Cuál?

D. Ant. Oigamos. (*Rodean todos á D. Manuel para oirle.*)

D. Man. Si el conde cometió el homicidio, en fuerza del robo de su hijo, el juez querrá saber de nosotros...

Teod. Prosiga V.

D. Man. En efecto querrá saber infaliblemente

Pau. Prosiga V.

Man. Es muy natural; porque ya ven ustedes...

D. Pab. Vamos; acabe V., por Dio s.

D. Mna. Lo tengo por cosa segura.

Doña Teod. ¿Pero qué? Concluya V. ¡Qué hombre!

D. Man. A decir la verdad, no me acuerdo ya del principio del discurso.

D. Ant. Anda al demonio.

Escrib. El juez se acerca.

D. Pab. Tengo un miedo en el cuerpo que...

Doña. Teo. ¡Qúe pusilánime es V.! Sepamos primeramente á que se dirigen sus preguntas, y como nos hemos de conducir: fuera miedo.

ESCENA. VI

El juez y dichos.

Juez. Perdonen ustedes, si les he incomodado: pero era preciso. A cada uno de ustedes les será notorio el horrible lance sucedido cerca de la Aldea de Yurre, entre el conde D. Indalecio y su infeliz hijo D. Cárlos, como igualmente la causa que movió al primero á envestir al segundo, hasta el punto de hacerse parricida?

Teod. ¡Conque D. Cárlos ha muerto?

Juez. Infeliz! Diganme ustedes abiertamente si aquel jóven era tan perverso que mereciese el odio de su padre: ustedes frecuentaban mucho la casa del conde; y me figuro que podrán saber cuanto pasaba.

Doña Teod. D. Cárlos era, á decir la verdad, un jóven desobediente, que querria deshonrar á su padre. Ya sabrá usía lo del robo.

Juez. Si, todo lo sé, y á la verdad sus culpas cubren en parte las de su padre.

D. Man El conde era el espejo de la gente honrada.

D. Pab. Seguramente.

D. Ant. Hombre de bien, compasivo y generoso, á carta cabal.

Ama. Poseia mil bellas prendas.

Pau. Y las ponia todas en práctica.

Estef. ¡Conqué esplendor! ¡Conqué magnificencia!

Juez. Estos serán los motivos, por los que se le tendrá mucho miramiento.

Doña Teod. ¡Pobre conde! Ya lo merece.

Juez. Regularmente no se le dará mas pena que la de garrote.

D. Pab. ¡Nada mas que eso! (*Sorpresa general.*)

Juez. Admiro sin enbargo la virtud de las almas de ustedes. Todos se han empeñado en hablar bien de él, al paso que él en sus deposiciones ha dicho de ustedes cuanto mal ha podido.

D. Man. En esto verá usía la diferencia que va de su carácter al nuestro.

Doña Teod. ¡Ha hablado mal de nosotros!

Pau. ¿Es esto posible?

Juez. Sobre todo de V., Señora doña Teodora; por cuyo motivo la justicia tendrá que ver...

Doña Teod. ¡Ah! ¡Hombre perverso! Ya que la ley te ha cogido bajo su cuchilla, y que nuestras buenas informaciones han sido infructuosas; quiero à lo ménos que vayas al cadalso con la máscara quitada. Sí: sépalo usía: el conde era el hombre mas turbulento que he conocido en los dias de mi vida. Soberbio con unos, tirano con otros, y y finalmente enemigo de todos. ¿No es verdad, señores?

D. Pab. Cierto, es muy cierto.

Juez. Sin embárgo D. Cárlos fué echado de su casa por causa de V..

Doña Teod. ¿Quién lo dice?

Juez. El conde mismo.

Doña Teo. Venga pues aquí, y sosténgamelo cara á cara. Hoy mismo, esta mañana queria hacerme su esposa, adoptar á mi hijo por suyo, y desheredar á D. Cárlos. Yo siempre justa, siempre compasiva, aunque

pobre, reusé semejante fortuna, para no hacer daño á aquel infeliz. ¿ No es verdad, Señores?

D. Pab. Cierto, muy cierto.

D. Man. Todos lo hemos presenciado.

Doña Teod. ¡ Y despues de tales rasgos de urbanidad, que seguramente no merecia, no pudiendo hacer ya mas daño á la sociedad en vida, quiere hacerlo en su muerte! Ah! Me avergüenzo de haberle amado un solo instante.

D. Pab. Tiene V. seguramente razon.

Doña Teod. ¡ Yo habia de casarme con aquel mónstruo! Primero moriria mil y mil veces.

Estef. Es un malvado.

Pau. Un impío,

Ama. Acreedor á cualquier castigo.

D. Man. ¿ Quién lo duda?

ESCENA. VII.

El conde, D. Cárlos, doña Leonor D. Enrique y dichos.

Con. Yo lo dudo algo, caballero.

Cár. Yo tambien.

Leo. Yo igualmente.

D. Pab. ¡ Qué es lo que miro! (*á doña Estefania*)

Pau. Somos perdidos. (*á Amalia*)

Ama. Harto lo veo.

D. Pab. ¡ El conde !
D. Man. ¡ D. Cárlos !
D. Ant. ¡ Doña Leonor ! ¡ áh !
(*unos á otros en secreto*)

Juez. Parece que todos ustedes han quedado mudos.

Con. Ahora seria ocasion, señora doña Teodora, de sostener delante de mí la heróica conversacion de esta mañana.

Doña Teod. (Es preciso animarse y hacer de la necesidad virtud.) ¿Acáso podrá V. negar que solo con objeto de hacer daño á su virtuoso hijo....

Con. Calla, pérfida muger, calla, que el sonido de tu voz me traspasa el alma; pero con una impresion muy diferente que la de ántes. En otro tiempo debilitaba y seducia mi corazon; pero ahora lo horroriza y le hace estremecer. El velo que me ofuscaba ha caido; y puedo contemplarte en tu verdadero aspecto. Tanto como te amaba te detesto, y aborrezco; avergonzándome de mi pasado frenesí.

Doña Teod. Yo soy la que debo avergonzarme de haberte amado un solo dia; pero el verdadero arrepentimiento jamas llega tarde. Señor D. Cárlos, jóven virtuoso, infeliz prole de un padre inhumano, sepa V...,

Cár. Ruégole á V., Señora doña Teodora, que no se tome tanto interes por mí; conozco bastante á mi padre y la conozco á V. El fué tal vez demasiado débil; pero V. ha sido siempre una malvada. Veneraré siempre los mandatos de mi padre; veneraré su sagrado carácter y cualquier destino que me venga de su mano; pero en V. detestaré siempre una seductora, una taimada, una mala muger, que odio, desprecio y abomino,

Doña Teod. Pero tantos insultos, Sr. juez....

Juez. Váyase V., y no se atreva á proferir una sola palabra. (*Vase rabiosa.*)

D. Pab. Pero nosotros, Sr. juez.. (*se adelantan*)

Juez. Todos ustedes son unos pérfidos, dignos de mi desprecio y horror. Por ahora no les doy mas castigo que el remordimiento, si es que ustedes son capaces de él; pero les advierto que la justicia tendrá siempre los ojos abiertos, y velará sobre sus conductas. Váyanse ustedes. (*Algunos quieren hablar; pero el juez se lo impide y vanse muy confusos unos tras otros.*)

Con. ¡Digno ministro de nuestro Soberano!

Leo. ¡Ilustre caballero!

Cár. ¡Protector nuestro!

Juez. Amigos mios...la memoria de las... pasadas desgracias debe hacernos apreciar mas la presente felicidad.

Cár. ¡Querida Leonor!

Con. ¡Amado Cárlos!

Cár. El júbilo me tiene enagenado.

Lea. Mi alegria es inesplicable.

Cár. ¡Quién nos lo habria vaticinado!

Con. ¡Pobres hijos!

Leo. ¡Buen padre! ¡conde, abrazadme!

Con. Con toda el alma.

Con. Yo lloro de remordimiento y de consuelo.

Juez. Y yo me regocijo de ver libre de su precipicio á esta virtuosa familia. ¡Cuánto han padecido! ¡Y cuán necio es el mortal que no confía en la divina providencia!

Fin de la comedia.

CATALOGO DE COMEDIAS.

Grande almacen ds anteojos.	2 rs. vn.
Desengaño de un lechugino.	2
Treinta años ó la vida de un jugador.	4
El lechugino trampista.	2
Lo que es la preocupacion.	2
El oficial y el tejedor.	3
El mendigo de Bruselas.	3
Una tertulia á la dernier.	2
Lord Davenand, ó las consecuencias de un momento de horror.	4
Julia de Blecin, ó la intriga mas execrable.	2
Pieza bilingue, ó Titó y doña Paca.	2
Diez años, ó el cerragero, San Pol.	3
La casita aislada.	3
Nueva reduccion de monedas.	2
Quince años ó la perversion.	3
María, ó la niña abandonada.	3
Reglas de moral y política de Napoleon.	4
Varias comedias cada una.	2
Un viaje en diligencia.	2
La hija del portero.	3
Perversidad fraternal.	3
La novia de 64 años.	3
El novio en mangas de camisa.	3
Las diez de la noche.	3
El heredero y los calaberas.	3
Los amantes de Siracusa.	3
Numancia destruida.	4
Pólder ó el verdugo de Amsterdam.	4

Lo que son ellas. 2
Eduardo en Escocia. 3
Escrito sobre la Grecia por Chateaubriand. 6
El aguador de Paris. 3
Los compadres codiciosos. 3
El imperio de la verdad ó el sepulturero. 3
Federico, y Voltaire en la quinta de Postdam.
La capilla en los bosques, ó el testigo. 3
Pitaco, tragedia en tres actos. 3
Elmira, ó la americana. 4
Un momento de imprudencia. 3
El leñador escoces. 3
El valle del torrente. 4
La cabeza de bronce. 4
Amalia, ó no todas son coquetas. 4
La Zorayda. 3
La filantropia, ó reparacion de un delito. 3
El alcalde de Sardam, ó los dos Pedros. 3
La fortaleza del Danubio, ó el padre y la hija. 2
La condesa de Castilla. 3
La recompensa del arrepentimiento. 3
Beneficencia é ingratitud. 3
El Padre Romano tragedia. 3